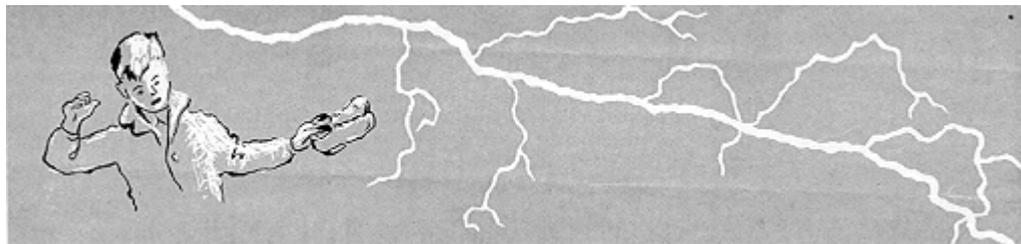


# RELÁMPAGO OPORTUNO

Por **VIRGILIO ROBINSON**

ERA la hora de la capilla en el Colegio Spion Kop, en Natal, África del Sur, y el director les estaba hablando a los alumnos. "Tengo una sorpresa para Uds." Todos los alumnos prestaron atención a lo que él iba a decir.



"Como Uds. saben este fin de semana hay un día feriado. El personal docente ha decidido hacer el feriado un poco más largo que de costumbre. No habrá clases desde mañana a la mañana hasta el lunes a la noche. Todos los que vivan a una distancia que les permita ir y volver antes del lunes de noche pueden adquirir los pases. Esto es todo, pueden retirarse".

Lyndon Tarr, uno de los alumnos, tomó el camino curvo que salía del edificio de aulas y conducía al dormitorio. Mientras caminaba podía ver en el oeste la cadena de montañas llamada Drakensbergs. Detrás de esas montañas estaba Basutolandia donde sus padres eran misioneros en la Estación Misionera Emmanuel. El día extra que le concedía el personal docente le permitiría pasar el sábado con ellos. No había forma de avisarles que iría, pero el llegar de improviso les daría una grata sorpresa. A Lyndon no le importaba el que eso significara caminar unos -18 km para llegar.

Después de conseguir que le firmaran el permiso o pase, Lyndon tomó el camino de 28 km que corría entre las colinas y conducía a Ladysmith, la estación de ferrocarril más cercana. Para mediodía ya tenía el boleto en la mano y observaba cómo entraba en la estación el largo tren que iba de Durban a Ciudad del Cabo. No disponía de un lugar reservado, pero eso no le importaba. Si era necesario viajaría en la plataforma.

Durante toda la tarde el tren parecía ir gateando para ascender las montañas de Drakensbergs. Cerca de la puesta del sol cruzó el paso y llegó a las planicies del Estado Libre de Orange. El tren se demoró, de modo que eran casi las nueve de la noche cuando Lyndon bajó en la plataforma de la pequeña estación más cercana a su hogar. Si sus padres hubieran sabido que llegaba lo hubieran ido a esperar con la carreta de bueyes.

Había estado lloviendo copiosamente durante 10 días y esa tarde una tormenta había dejado el terreno ensopado. Los ríos corrían torrentosos. El cielo estaba nublado y no se veía una sola estrella, y Lyndon ni siquiera tenía una linterna. Seguía lloviznando. Al otro lado de las colinas, a unos 22 km, estaban su hogar y sus padres. Pero, ¿cómo haría para encontrar el camino sin luz de ninguna especie?

Lyndon se quitó los zapatos y las medias y comenzó a andar. Sus pies desnudos lo ayudaban a guiarlo, porque cuando se salía del camino de barro y pisaba el pasto de los lados, sus pies se lo decían inmediatamente. Entonces volvía al camino evitando así caer en la cuneta que las lluvias habían convertido en un verdadero torrente. Y así seguía luchando en medio de la densa oscuridad. Aunque había recorrido ese camino muchas veces, tenía que ir a paso lento.

A eso de la media noche Lyndon se detuvo para escuchar. Supuso que debía estar acercándose a las riberas del río Caledón, una de las fronteras de Basutolandia, y uno de los ríos más peligrosos de África del Sur. Sabía de muchas personas que habían perdido la vida en las aguas de ese río en ocasiones en que repentinamente su nivel se había elevado hasta en 5 m de altura, en una sola noche.

En efecto, Lyndon oyó el ruido que hacía el río. Todavía quedaba a cierta distancia, pero el rumor sordo que producía al correr sobre el lecho rocoso era inconfundible. Sabía que no existía ningún puente para cruzarlo, sino solamente un lugar playo donde la ruta bajaba y cruzaba sobre un terraplén rocoso. Había cesado de llover, pero las nubes continuaban ocultando la luz de las estrellas. El retumbar de la tormenta hacía tiempo que se había esfumado en la distancia.

El rugido del río se hizo más audible. Lyndon tuvo la sensación de que casi había llegado al lugar donde la ruta descendía hacia el lecho del río. De pronto un relámpago brillante iluminó la escena. Lyndon pudo

vislumbrar toda la campiña circundante por kilómetros a la redonda, pero rápidamente miró también a sus pies, y se dio cuenta de que estaba parado al borde de un farallón que caía a pique unos 20 m de profundidad hasta una masa de rocas escabrosas entre las cuales, negras masas de agua bullían y se retorcían. De nuevo todo quedó en completa oscuridad. Lyndon se dio cuenta de que la creciente había hecho un corte a la ribera. Se dio cuenta también de que de haber dado un solo paso más, hubiera caído en el precipicio. En ese caso se habría lastimado gravemente y aun muerto. Esperó a que viniera otro relámpago, pero no hubo más.

Fue avanzando cuidadosamente, a tientas, para encontrar su camino hasta el río. Ayudado por un palo se las arregló para descender hasta el borde del agua. Entonces se tiró resueltamente al agua fría y nadó hasta el otro lado. Después de buscar por un rato encontró de nuevo el camino y recorrió los últimos kilómetros que lo separaban de la misión.

Fran más o menos las dos de la mañana cuando Lyndon llegó a las puertas de la Misión Emmanuel. Entró silenciosamente en la casa y se acostó en la cama del cuarto que siempre le pertenecía cuando volvía a la casa. Rendido por la aventura que acababa de pasar y por la falta de descanso, inmediatamente se quedó dormido. Y fue allí en su cuarto donde sus padres lo encontraron a la mañana siguiente cuando se levantaron. Alrededor de la mesa del desayuno de la alegre cocina, Lyndon contó sus aventuras de la noche anterior.

"Indudablemente fuiste guiado por los ángeles del Señor -dijo la madre-. Dios envió un relámpago para salvarte del peligro".